

*A LA MEMORIA DE MIGUEL I. LILLO
EN EL CINCUENTENARIO DE SU MUERTE*



Miguel Lillo

MIGUEL IGNACIO LILLO CINCUENTA AÑOS DESPUES¹

POR ARMANDO T. HUNZIKER²

Ha sido por uno de esos impensados avatares de la vida, que hoy me cabe el alto honor de hablar, en nombre de la Sociedad Argentina de Botánica, en este homenaje a Miguel Lillo.

Para nosotros, era un deber realizar esta celebración; por ello, mis primeras palabras vayan dirigidas a la Fundación Miguel Lillo, a fin de expresar a sus autoridades el agradecimiento de los botánicos argentinos por poner al servicio de las XVIII Jornadas que lleva a cabo nuestra Sociedad, su gran infraestructura material y su tremendo prestigio, de modo que la conmemoración que aquí nos congrega, pueda alcanzar el nivel que la personalidad de Don Miguel Lillo merece.

Acabo de decir, señoras y señores, "*el nivel que la personalidad de Miguel Lillo merece*". Voy a tratar de explicar, espero que sin abusar de vuestra paciencia, el porqué y el cómo de tal afirmación. Porque es importante que nos pongamos de acuerdo en precisar cuál es para nosotros, los argentinos en particular, y, para el mundo botánico en general, el significado de la obra "*lilloana*". No entraré a detallar una biografía completa de nuestro prócer; amigos entrañables por un lado, y botánicos eminentes por otro, se han ocupado de escribir sobre el particular hermosas y detalladas relaciones. Permítaseme, pues, bucear con otra perspectiva. Al efecto, haré un análisis breve sobre tres personalidades de la botánica argentina hasta 1932, teniendo en cuenta exclusivamente a los cultores de nuestra ciencia amable que, nacidos en el país, por entonces habían ya fallecido. En forma sucinta, trataré de analizar sus respectivas obras, y, en

¹ Texto de la disertación pronunciada el 4 de mayo de 1981, en Tucumán, con motivo del acto inaugural de las "XVIII Jornadas Argentinas de Botánica", realizadas en recordación del cincuentenario de la muerte de Miguel Lillo. Su efígie de juventud, poco conocida y que inicia este tomo, fue dada a conocer por Torres (1958), de cuya obra se la reprodujo.

² Afiliado a la Carrera del Investigador Científico (CONICET, Buenos Aires).

una suerte de "morfología comparada", intentaré definir sus logros y, si es necesario, sus fracasos. Vienen a mi mente en estos instantes las palabras de aquel extraordinario filósofo español a la vez famosísimo médico, matemático y astrónomo, Don Francisco Sánchez, quien, en 1576, expresaba (1944: 46): "*No esperes de mí compuesta y atildada expresión. Si me pusiera a escoger palabras y a usar giros elegantes, la verdad se me escaparía de entre las manos. Si buscas elocuencia, pídeselo a Cicerón, cuyo era este oficio: yo hablaré con suficiente hermosura si hablare con suficiente verdad. Quédense las bellas palabras para los poetas, los cortesanos, los amantes, las meretrices, los rufianes, aduladores y gentes de esa laya, que tanto se precian de hablar bien. A la ciencia le basta siempre, porque es lo único necesario, la propiedad del lenguaje. Tampoco me pidas autoridades ni falsos acatamientos a la opinión ajena, porque ello más bien será indicio de ánimo servil e indocto, que de un espíritu libre y amante de la verdad. Yo sólo seguiré con la razón a sola la naturaleza. La autoridad manda creer; la razón demuestra las cosas; aquella es apta para fe; ésta para la ciencia*".

Pero volvamos al tema. ¿Quiénes fueron entonces los hombres, nacidos en nuestra tierra, que ocupándose de temas botánicos, se destacaron y fallecieron antes de 1932? Salvo el primero, que así citaré por ser el más antiguo y de la época colonial, los dos restantes serán tratados en orden alfabético de apellido, por su contemporaneidad. Me estoy refiriendo a Gaspar Juárez, Saile Echegaray y a Miguel Lillo.

GASPAR JUÁREZ

Cuna de ciudades pero también cuna del primer fitólogo argentino, Santiago del Estero vio nacer a Gaspar Juárez en 1731. Educado en Córdoba, el joven Juárez ingresó a la Compañía de Jesús y, por lo tanto, debió abandonar su terruño en 1767, cuando tenía 36 años. Falleció en Roma en 1804, luego de publicar, desde 1789 a 1792, 3 fascículos ilustrados por él mismo, sobre plantas cultivadas en su reputado "*Orto Botanico Indico*". Contemporáneo y discípulo del famoso Brotero, tuvo entre otros méritos botánicos, el de emplear la nomenclatura "*Linneana*", el de editar en 1797 la segunda edición del Prodrómus de Ruiz y Pavón —enriqueciéndola con comentarios críticos propios—, y por fin, el de compartir la autoría de su obra principal con el romano Filippo Gilii, simplemente [son sus palabras extraídas de una carta] . . . "*porque me ha ayudado con dinero para los gastos de impresión y de diez láminas*".

SAILE ECHEGARAY

Don Saile nació en San Juan hacia mediados del siglo XIX, y fue uno de los raros argentinos que tuvo el privilegio de ser alumno en la Academia Nacional de Ciencias, fundada en Córdoba en 1869, por el gran Sarmiento. Como tal, se formó al lado de profesores de primera línea, como Siewert en Química, y Hieronymus en Botánica. En Octubre de 1873, aún alumno, ya tenía un sueldo como Vice Ayudante de Siewert, y en 1875 dio a luz, en las páginas del Boletín de la Academia de Córdoba (2: 341-353), el primer artículo florístico sobre plantas argentinas publicado por un argentino; me refiero a "*Determinación de Plantas Sanjuaninas*" con 94 especies coleccionadas por él en la Estancia Leoncito, sita en la Precordillera al oeste-suroeste de la ciudad de San Juan. Pero otro antecedente importante para Saile Echegaray, es que al rendir su tesis doctoral en 1878, sobre la especie tóxica *Nierembergia hippomanica* y sus principios activos, se constituye en el primer Doctor en Ciencias de nuestro país. Esta tesis se publicó al año siguiente (1879), en la misma revista antes citada. Cabe preguntarse: ¿qué hizo el Dr. Saile Echegaray a partir de entonces, cuando recién tenía alrededor de 30 años de edad? Lo ignoramos. Su nombre aparece ocasionalmente hasta 1896, en las actas de la Facultad de Ciencias de Córdoba, en segundo o en tercer lugar, como integrante de ternas elevadas al Poder Ejecutivo. Se sabe que murió en Santiago del Estero, y que habría integrado el cuerpo docente de la Escuela Normal de dicha ciudad mediterránea. Pero nada más; ni siquiera su fecha de muerte. ¡Qué desperdicio, máxime en aquella época en que los cultores de las ciencias eran tan escasos en nuestro país! Vienen a mi memoria, en este momento, aquellas amargas palabras que Fritz Kurtz, ya viejo y desilusionado, pronunciara hacia 1915 ante el por entonces joven cordobés Don Alberto Castellanos, y que me permitiré reproducir: "*Yo he dictado la Cátedra por más de 20 años, y he andado como Diógenes con la linterna buscando un joven que se interesara por estos estudios y no he hallado a nadie. Los argentinos son demasiado imaginativos; lo que no consiguen por el tesón del trabajo, lo obtienen por imaginación. Veo las generaciones sucederse, siempre con el mismo espíritu, siguiendo un mismo ideal. Los que son moderados, lo que hacen es, inmediatamente o antes de recibirse, casarse, buscando una mujercita más o menos bonitilla, y encerrarse con ella para producir tomos de la naturaleza... humana, y luego salir con orgullo y desdén a exhibirlos como desafiando: ¿a que tú no haces lo mismo? Eso lo hace cualquiera. Pero esto —y señaló una obra botánica— no lo hacen todos*".

Han pasado hoy día más de 60 años, y, por supuesto, con verdadera alegría podemos afirmar que el panorama actual es tan diferente al que pintara Don Federico, que no admite comparaciones.

MIGUEL IGNACIO LILLO

A poco más de medio siglo de la muerte de Gaspar Juárez en Roma, y casi coetáneamente con Saile Echegaray, nació en Tucumán Don Miguel Ignacio Lillo. Y todas estas aproximaciones que acabo de mencionar (es decir: “a poco más”, y, “casi coetáneamente”) no son producto de la improvisación: en la síntesis autobiográfica redactada, hacia 1912, por el propio Lillo, puede leerse: “nacido soy el 27 de Julio de 1862 o de 1864 (no lo sé con seguridad)” (Torres, 1958: 10). Hacia 1881 culminaba su bachillerato, estudios que realizó ayudado por una beca del gobierno provincial; 4 años después, se fundaba en Tucumán la Oficina Química Municipal, y Lillo ingresó a ella como ayudante. Comenzó entonces un período que se extiende por 7 años, que va a ser fundamental para el joven Miguel Ignacio: me refiero a su diario contacto con el Barón Federico Schickendantz, el polifacético científico alemán, fundador de la aludida Oficina Química; Schickendantz permaneció en dicho cargo hasta 1892, época en que Lillo cumplía 30 años. “En conversación particular” —escribía Hicken en 1922 (1923: 144)—, “me decía Lillo que sus primeras observaciones las hizo con este distinguido químico, y que a él le debía su afición a las plantas”. Por ello, son más que merecidas las siguientes palabras de Marsal (1970: 389): “La estaba en Tucumán [de Schickendantz] tuvo su broche de oro al conseguir interesar en sus estudios a un joven llamado Miguel Lillo, que fue su subordinado, luego ayudante, más tarde colaborador y finalmente el gran discípulo que constituyó la gloria científica del norte argentino. ¡Si Schickendantz sólo hubiera conseguido formar a Lillo, ya tendría un lugar en la Historia de la Ciencia Argentina!”.

Una segunda influencia positiva en el desarrollo del joven tucumano —a raíz de un viaje que hiciera a Córdoba a fines de 1885—, fue su visita a Fritz Kurtz, recién establecido en nuestro país: tuvo así oportunidad de apreciar la rica biblioteca que Don Federico había traído de Europa, y anotó, entonces, en su diario: “Qué magnífica biblioteca de Botánica” (Torres, 1958: 167). Unos 3 años más tarde —o sea, aún en pleno período “Schickendantziano” de su vida—, Lillo enviaba a Kurtz un ejemplar de su primer artículo botánico, es decir, de su “Flora de la Provincia de Tucumán” (1888) donde, en casi 60 páginas trata 690 especies de Plantas Vasculares. Advirtamos que, de esa manera, con apenas 26 años, Lillo demostraba un gran conocimiento de la flora de Tucumán; en efecto, para llevar a

cabo dicho trabajo, había debido viajar asiduamente por el territorio provincial, como lo demuestra su conocimiento de los nombres vulgares y aplicaciones de las especies, de su distribución geográfica y de sus peculiaridades ecológicas; y tengamos bien presente, por otro lado, que Don Miguel no disponía de vehículos oficiales, ni de viáticos, ni de nada extra que no fuera él, solito él. Además, había tenido que consultar obras en francés, alemán y latín; y antes de leerlas, había tenido que saber de su existencia, y luego adquirirlas con su peculio! Quisiera insistir sobre estos dos aspectos de la obra y personalidad de Lillo, pues aún hoy día no son demasiado los jóvenes que pueden leer idiomas extranjeros, y más raros todavía aquellos que valoran el esfuerzo, y a menudo el sacrificio, de quienes construyeron pieza por pieza, las ricas bibliotecas especializadas que usufructuamos actualmente en la Argentina.

Después de haber escrito el párrafo que antecede, he tenido la satisfacción de advertir que no estoy solo en mi opinión altamente favorable respecto del primer artículo botánico del Doctor Lillo. En su correspondencia existe una carta que le dirigiera el Prof. L. Hausman Merck, quien al contestar una anterior de Lillo en que el tucumano autocalificara a su obrita florística como incompleta, le responde: "*Su trabajo es útil por ser lo único que poseemos de esa interesante región; Ud. me dirá que no ha alcanzado a conocerla del todo, pero esto ni en cincuenta años o más se conseguirá*". Hoy día, en 1981, sabemos cuanta verdad siguen encerrando tales afirmaciones del gran botánico belga.

Algunos juicios sobre su personalidad; su legado espiritual. — El Prof. Alberto Castellanos, escribía sobre Lillo en 1931 (pág. 429): "*Todo se lo debió a sí mismo; era un Robinson de la ciencia. Llegó al conocimiento del latín, alemán, francés, inglés e italiano, como para leerlos en sus disciplinas predilectas*". Y el Prof. Parodi, en 1960, añadía lo siguiente (1961: 33): "*Lillo es un caso admirable de formación intelectual por sus propios medios. Es un ejemplo que demuestra el poder de la voluntad, para lograr una finalidad útil. Se diría que la soledad lo colmó de bienes... solo comenzó a coleccionar plantas... con sus ahorros edificó su casa que le sirvió de refugio, de laboratorio y de museo, y solo fue comprando sus libros, tomo a tomo, hasta formar una de las bibliotecas botánicas más valiosas del país*". Y continuaba Don Lorenzo: "*Una vez le pregunté cuándo vendría a Buenos Aires*": "*¿Y a qué he de ir?*" contestó Don Miguel. "*Quedé pensativo*", añadía Parodi, y terminaba diciendo: "*Pero pronto comprendí que tal vez tendría razón, pues todo lo poseía en sí mismo*".

"*Como hombre, una persona correctísima y muy parco en palabras*" (Castellanos, 1931: 430); fue austero en todos sus actos; lo

fue hasta para hablar, razón por la cual sus coterráneos lo apodaban "el mudo" (Parodi, 1961: 33).

Y para terminar este capítulo, la opinión de un "grande entre los grandes", Don Lucien Hauman, en carta a fines de 1924, cuando le anunciaba a Lillo su regreso a Bélgica (Torres: 138): "*Conservo de nuestras relaciones el mejor recuerdo; es Ud. el único colega "sensu latissimo" con el cual tengo confianza, el único hombre con quien he mantenido relaciones sumamente amigables, pues, fuera de algunos discípulos y alumnos que me tienen cariño, pocas simpatías he despertado yo en esta tierra*".

Su legado material. — Pues bien, ese solitario parco y correctísimo, cumplidos ya 68 años, tiene la sabiduría de advertir que su paso por este mundo está próximo a finalizar, y, con valentía y con generosidad, 6 meses antes de morir, dictó su testamento, legando su casa, su herbario y su biblioteca a la Universidad de Tucumán.

Pero esa actitud magnánima, tan extraordinaria por su rareza en este país —a propósito, permítaseme una digresión: pareciera como si algunos botánicos argentinos llevaran en sus cromosomas genes de desprendimiento de sus bienes materiales: el primero fue Spegazzini, el segundo Don Miguel, el tercero Hicken, los tres legando su patrimonio a instituciones del mundo académico de la patria; personalmente no conozco ejemplos similares o parecidos en otras ramas de la ciencia—, ese legado, decía, fue hecho magnánimamente, pero también muy sabiamente, pues contó con el asesoramiento desinteresado de un pequeño pero esclarecido círculo de admiradores; así, en el propio testamento —con detalles minuciosos, como si se tratara de una diagnosis fitográfica—, Lillo nombró una Comisión Asesora de 10 miembros enumerados taxativamente con nombres y apellidos; estos miembros tienen carácter vitalicio, y "*en caso de fallecimiento, incapacidad o renuncia de algunos de ellos, los restantes elegirán su reemplazante*". ¡Qué sabio fue Lillo, señoras y señores! adviértase que no se trataba solamente de sabiduría científica; conocía su país, los avatares de la politiquería que había sufrido en carne propia —en su autobiografía que mencioné al principio, escribió: "*...desempeñé muchas veces la Cátedra de Física con carácter interino, no habiendo podido conseguirlo nunca en propiedad, dado el sistema de proveer cátedras, no por concurso, sino por recomendaciones políticas*"—, y conocía también a los hombres y a sus instituciones. A mi juicio, el Instituto Lillo es hoy lo que es —es decir, una institución modelo a nivel internacional—, gracias a esa sapiencia de Don Miguel, para testar como lo hizo, y para elegir, entre los hombres de la "élite" de su ciudad, a los individuos preclaros y honrados, que embuidos de una mezcla de admiración y respeto hacia su obra y sus objetivos testamentarios, supieron llevar a cabo una labor increíble. En efecto, los resultados están a la vista;

desde que Lillo falleciera, su legado ha ido creciendo prodigiosamente, en calidad y en cantidad, gracias a la acción eficiente y altruista de quienes, a distintos niveles y en distintos tiempos políticos, han tenido la responsabilidad de cumplir la última voluntad de Don Miguel. Hoy día, la vieja casa de Lillo —aquella que impactara a Alberto Rouges por la apabullante diferencia “*entre su habitación humilde que contrastaba fuertemente con los amplios salones de la biblioteca y de las colecciones*” (carta de Alberto Rouges al Ministro Nacional Padilla)—, ha sido ampliada con más de 1000 m² de superficie cubierta, y tiene casi otros 500 m² en construcción; en sus recintos trabajan 68 investigadores, asistidos por casi 150 personas entre empleados, técnicos y administrativos.

Epílogo. — Señoras y señores: a modo de epílogo, permítaseme presentar al Dr. Lillo, a los 50 años de su muerte, una *rendición de cuentas* de lo que hemos hecho los botánicos argentinos en los últimos años. *Y también de lo que no hemos hecho.* Hace 21 años, en el acto inaugural de las “V Jornadas Argentinas de Botánica”, nuestro querido maestro Don Lorenzo Raimundo Parodi hizo una detallada relación —y, en muchos aspectos, en exceso generosa en cuanto a muchos de nosotros—, sobre los 150 años que, por entonces, se cumplían para la botánica del país. Era el año del Sesquicentenario de la Revolución de Mayo. Hoy, a medio siglo de la muerte de Lillo, creo oportuno completar esa ojeada retrospectiva, haciendo una apreciación crítica de los últimos 20 años, o sea, desde la conferencia tucumana de Don Lorenzo hasta hoy.

Don Miguel: Permítame interrumpir el silencio de su morada, y humildemente rogarle me dispense unos instantes de atención. Deseo explicar a Ud., muy sumariamente, lo más importante que ocurriera desde 1960 hasta hoy, en el campo argentino de la Botánica. Le interesará saber, por ejemplo, que el número de cultores de nuestra ciencia ha seguido aumentando; pero como también los estudios han ganado en profundidad, la especialización resultante hace que el número siempre siga siendo exiguo. Hoy día tenemos especialistas en fitoquímica, en polen —y entre estos los hay exclusivamente de plantas fósiles, o de plantas vivientes, o de la flora melífera, o de especies alergógenas, etc.—, también especialistas en ultraestructura celular, en embriología, en problemas de fertilización, en fotosíntesis, en fitohormonas, en envejecimiento, ecología, productividad vegetal, en cartografía botánica, en hongos coprófilos y de cualquier otro tipo, en casi todos los grupos de algas de aguas continentales y de nuestros estuarios, en Briófitas y Helechos, en campos diversos de la fitomorfoloía, de la genética, de inmunología y en otras ramas vinculadas directa o indirectamente con el Reino Vegetal, que omitiré para no cansar a Ud. y no pecar de impertinente.

¿Y qué hay de Plantas Vasculares? Bueno, Don Miguel, como este es el tema que Ud. cultivó con preferencia y también es el que a mí más me gusta, trataré de contarle algo con algún detalle. Las cosas no andan mal en éste, nuestro dominio. Eseuche Ud. los siguientes hechos positivos:

1. Se está trabajando intensamente en floras regionales, y, además, con mucha seriedad. La de la provincia de Buenos Aires está publicada hace ya varios años, y están en pleno desarrollo las de Entre Ríos, Patagonia, La Pampa, Jujuy y Tucumán. En Corrientes y en San Juan han comenzado la tarea hace poco; por fin, en el Museo Botánico de Córdoba, ahí donde estaba su viejo amigo Kurtz, desde hace muchos años dicen que están haciendo la Flora Fanerogámica del Centro del país; pero Ud. sabe como son esos cordobeses... en fin, Ud. me comprende, ¿no es cierto?

2. Claro que la tarea anterior es a expensas de los estudios monográficos con criterio, si no continental o mundial, al menos nacional o sudamericano. No obstante, estos continúan en determinadas familias, y, en algunos casos, dada su carencia, los botánicos florísticos hanse visto obligados a realizarlos "velis nolis"; así les ocurrió a los cordobeses —es por darle un ejemplo que conozco muy de cerca— con las Gramíneas, las Amarilidáceas, las Compuestas, las Cactáceas, las Cariofiláceas, etc.

Otra faceta interesante de estos últimos años, Don Miguel, es la incorporación a las técnicas taxonómicas ortodoxas que Ud. tan bien conocía, las de otras ciencias que aportan información de gran valor; por ejemplo, tenemos algunos especialistas en quimiotaxonomía, unos estudian los pigmentos, otros las proteínas seminales, etc.; tenemos algunos otros en taxonomía numérica, y no menciono los de citogenética porque Don Lorenzo ya le habló del asunto. Por otro lado, ya es una cosa de todos los días para muchos argentinos profesionales de la botánica, el uso de aparatos costosísimos como los microscopios electrónicos (tanto de transmisión como los de barrido), y en casos muy contados, el de computadoras. Ud. se preguntará, con toda razón: caramba, ¿y cómo se paga todo eso? Bueno, Don Miguel, la cosa es simple: la época de los solitarios que, como Ud. trabajaban en su casa, costeano de su peculio los aparatos y los libros, los viajes y la luz eléctrica, en fin, cuanto gasto hubiere, esa época digo, acabó para siempre. Esa época, aquí y en el resto del mundo, dio lugar a otra de la cual algo ya le habló Don Lorenzo en 1960: ahora se trabaja en equipo, en las Universidades y también en Institutos dedicados exclusivamente a la investigación, y los botánicos, como los especialistas de las otras ciencias, se han profesionalizado: quiero decir que trabajan exclusivamente, todo el día, en su tarea específica de aprender, o de aprender y enseñar, y para eso el Estado Nacional les paga sueldos que, en estos momentos al menos, son muy razonables.

¿Cómo ocurrió este cambio, me pregunta Ud? La cosa fue simple, pero para no dar largas al asunto, le diré que básicamente esa transformación, esa popularización de la llamada dedicación exclusiva, se la debemos a otro prócer nacional, uno como Ud. Don Miguel. Se llamaba Bernardo A. Houssay. Su ejemplo y su prédica —la de él y la de un pequeño grupo de seguidores aglutinados en la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, fundada el 6 de Diciembre de 1933, o sea poco después de su partida, Don Miguel—, esas ideas digo, fueron cundiendo lenta pero inexorablemente; tenía dicha Asociación carácter particular, pero un presidente de relevante inteligencia y visión —el Gral. Agustín P. Justo— patrocinó una ley que otorgaba a dicha asociación fondos para becar a jóvenes estudiosos argentinos; así salieron a perfeccionarse, entre 1934 y 1948, médicos, ingenieros, matemáticos, físicos, astrónomos y botánicos; permítame decirle, Don Miguel que quien se atreva a dirigirle la palabra, fue el último de dichos becarios. Por razones que prefiero no explicarle hoy, tales becas quedaron anuladas entre 1948 y 1958. ¡Diez largos años perdidos, sin duda alguna! Y llegamos a principios de 1958: poco antes de finalizar su mandato, otro presidente, grande y valiente como pocos, y tiempo después mártir de la Patria, por acción de la barbarie, —me refiero, claro está al General Pedro Eugenio Aramburu—, creó el CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS, por inspiración directa, por supuesto, de Don Bernardo y sus colaboradores. De ahí, Don Miguel, que quien le habla cree en la influencia que, para el bien del país, tienen las “élites”; en Tucumán, fue a esa “élite” de la Comisión Asesora a quien debemos lo que hoy es el Instituto que lleva su nombre, y que tanto lo honra; y en la Argentina, es a la “élite” de Don Bernardo que debemos el CONICET. Hoy día, Don Miguel, este CONICET es una palabra sagrada para los investigadores argentinos, cualquiera sea la rama de la ciencia de que se trate. Esta institución nos cobija y nos apoya sin retaceos. Tiene becas internas de Iniciación, y de Perfeccionamiento; tiene becas externas; otorga subsidios para trabajos de investigación y para que se publiquen revistas; mantiene 98 institutos de investigación diseminados por todo el territorio nacional; y, todavía más importante a mi juicio, sostiene la llamada Carrera del Investigador, con cientos de investigadores que tienen el privilegio de contar con una fuente segura de muy buenos ingresos. Sepa Don Miguel, que hay casi 70 botánicos en las filas de la Carrera del Investigador.

Que ¿qué nos falta hacer en Plantas Vasculares o en Fanerógamas? Perdone, Don Miguel, mi entusiasmo por el CONICET me desvió demasiado de nuestro tema y vuelvo a él. ¡Qué pregunta compleja! En primer lugar le digo que deberíamos trabajar más y publicar menos; aquí, y en el resto del mundo, sufrimos como una

fiebre para acumular a nuestro currículum títulos de trabajos publicados. Por ejemplo, entre las floras de que le hablé antes, las hay muy buenas, las hay buenas, y hasta hay algunas de las otras. Pero puedo asegurarnos que día a día vamos mejorando, pues a todos nos anima el deseo de hacer las cosas lo menos imperfectamente posible. Ese mismo espíritu de superación es el que nos mueve a tamizar con prudente escrupulosidad los artículos que aspiran a ver la luz en el Boletín de nuestra Sociedad, manteniendo una limpia tradición y, si cabe, superándola en todo lo posible. Claro que ello no es fácil, y acarrea sinsabores, pero es nuestro deber, y lo cumpliremos con su ejemplo. Ud. me pregunta ahora sobre la Flora del país? Ese sí que es un problema del cual no sé cómo hacer para responderle. Ud. recordará que Don Lorenzo manifestó en 1960: "*Hauman es autor de un "Manual de la Flora Argentina", que ha quedado inédito; en él describe los géneros fanerogámicos de nuestra flora, da claves, indica el número de especies de cada género, cita los nombres de los más importantes y su distribución geográfica*", y proseguía Parodi (1961: 44): "*es muy lamentable que no se haga un esfuerzo por publicar esta obra que puesta al día rendiría un gran beneficio...*". Desde que Hauman dejó en nuestra tierra el manuscrito respectivo han pasado 32 años; sí, Don Miguel, claro que es una vergüenza lo que hemos hecho. Pero como Ud. bien sabe, ¡de carne somos los de este reino!

Bien, Don Miguel: tiene Ud. razón, es hora que lo deje tranquilo. Apenas unas últimas palabras para explicarle sobre qué hacemos hoy aquí; nos hemos congregado los botánicos de nuestra patria y de algunos otros países del continente americano, como lo hacemos cada 2 años en distintas partes del país. Durante 4 días discutiremos sobre nuestras investigaciones, y, alternaremos para conocernos mejor como personas y como profesionales de la Botánica. Pero, sobre todo, en esta oportunidad, veremos qué hacer ante el gravísimo problema que nos plantea la destrucción de la Naturaleza. Sí, Don Miguel, a Ud. le costará creerlo, pero, años tras año, en forma realmente demencial, en nuestro territorio y en todo el orbe, se están extinguiendo cientos y cientos de especies animales y vegetales. Estamos muy preocupados y queremos aportar nuestro grano de arena para la búsqueda de alguna solución. sí es que la hay. ¡Ojalá que la haya!

Hasta siempre Don Miguel.

BIBLIOGRAFIA CITADA O CONSULTADA

- ANÓNIMO, 1943. *Federico Schickendantz. Homenaje a su memoria*. 1-110, con figuras y mapas (en parte traducido al castellano por C. F. Stubbe). Instituto Miguel Lillo.
- CASTELLANOS, A. 1921. Recuerdos de un viejo solitario: Fritz Kurtz. *Rev. Centro Estud. Agron. Veter. Univ. Buenos Aires* 103: 11-43, ilustr. Buenos Aires.
- 1931. Miguel Lillo. *Physis* 10 (37): 427-431, ilustr.
- DUCROS, P. 1936. *Cristóbal M. Hicken*. 1-36, ilustr. Imprenta Coni, Buenos Aires.
- ECHEGARAY, S. 1875. Determinación de plantas sanjuaninas. *Bol. Acad. Nac. Cienc.* 2: 341-353. Córdoba.
- 1879. La hipomanina, un nuevo principio cristalizado en el "chuscho". *Nierembergia hippomanica* Miers. *Bol. Acad. Nac. Cienc.* 3: 164-187. Córdoba.
- GARZÓN, E. 1942. *Antecedentes para la historia de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Córdoba*. [Capítulos 1, 5, 6 y 7]. Imprenta de la Universidad de Córdoba.
- 1951. *Reseña histórica de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*. Imprenta de la Universidad de Córdoba.
- HICKEN, C. M. 1923. *Evolución de las ciencias en la República Argentina. VII. Los estudios botánicos*. 1-163. Sociedad Científica Argentina. Buenos Aires.
- HUNZIKER, A. T. 1951. El Museo Botánico de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Córdoba. *Rev. Fac. Cienc. Ex. Fís. Nat.* 14 (2): 479-487, f. 1-4. Córdoba.
- MARSAL, A. 1970. Don Federico Schickendantz. *Bol. Acad. Nac. Cienc.* 48: 382-391. Córdoba.
- MOLFINO, J. F. 1938. Miguel Lillo (1862-1931). *Lilloa* 1: 7-19, ilustr.
- PARODI, L. R. 1961. Ciento cincuenta años de Botánica en la República Argentina. *Bol. Soc. Argent. Bot.* 9: 1-68.
- 1964. Gaspar Suarez, primer botánico argentino. *Darwiniana* 13: 195-208.
- SÁNCHEZ, F. (1581). 1944. *Que nada se sabe*. 1-208. Emecé Edit. Buenos Aires.
- TORRES, A. 1958. *Lillo. Vida de un sabio*. 1-335, ilustr. Publicación 771, Univ. Nac. de Tucumán.